

CAPITULO XXXVII:

Mocteuhezuma II, nono rey de México.

Concluidas las exequias del rey Ahuizotl, el senado mexicano proeedió á la eleccion de nuevo soberano y reca yó en el príncipe Mocteuhezuma hijo del rey Axayacatl, que para diferenciarlo del primer Mocteuhezuma *huehue* ó viejo, se le denominó á este *Jocoyot* é el mas chico ó jóven. Como gefe de los ejércitos habia tenido ocasion de manifestar su valor é intrepidez, al mismo tiempo que en el desempeño de su cargo de sacerdote dió á conocer su celo por la religion; y la sabiduría que acompañaba á sus opiniones en el consejo real, le habia granjeado grande estimacion de sabio y hábil político. Estas elevadas cualidades y la modestia que caracterizaba sus palabras y acciones aun en el trato privado, lo hacian acreedor á la general estimacion; y esta circunstancia hizo que la resolucion del consejo electoral fuera universalmente aplaudida no solo dentro del pueblo mexicano, sino aun entre los reinos aliados.

Luego que los reyes de Tezcoco y Tlacopan tuvieron aviso de la eleccion, se apresuraron á pasar á Tenoxtitlan para manifestar el regocijo que les causaba tan acertada medida y felicitar á su nuevo aliado. Este por su parte llevado de la modestia que quiso hacer aparecer como su mas brillante prenda, se retiró al templo para indicar que se consideraba indigno del alto honor á que se le llamaba; pero la esperiencia demostró en esta vez, cuan difícil es la virtud de la fortaleza para sobreponerse á los peligrosos escoyos que presentan la vanidad y el falso brillo de las mentidas grandezas de los poderes terrenos;

y tanto mas, cuando las virtudes no están cimentadas en la única religion capaz de enfrenar los desordenados instintos de la naturaleza corrompida.

El senado pasó al templo donde el príncipe se habia encargado para entregarse al ayuno y hacer salir sangre de sus venas; y para que este modesto joven empuñara el cetro de la monarquía mas poderosa del Anahuac, tuvieron que quitar de sus manos la escoba con que procuraba el aseo de la casa de los dioses. De allí fué conducido al palacio por un brillante concurso y con las aclamaciones con que el pueblo expresaba su regocijo: para hacerle saber formalmente el nombramiento que en él se habia hecho, lo hicieron sentar en el *Tlahtocacipali* «La silla real» y allí tuvieron lugar las arengas de felicitacion entre las cuales fué esta vez la mas notable la de Nezahualpilli. Dice así: «La gran ventura que ha logrado, Señor, la monarquía mexicana en teneros por cabeza, se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta eleccion; y en los grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Y en verdad que no pueden ser estos mas justos; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaria á sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos todos. Claramente veo el amor con que favorece á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que mas puede convenirle, porque ¿quién será capaz de poner en duda que el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo (1) elevado ya á la alta dignidad de rey conocerá las cosas de la tierra para procurar la felicidad de sus subditos? Quien tantas veces ha desplegado la grandeza de su áni-

1 Torquemada escribe que habia investigado los nueve dobles del cielo.

mo, qué no hará ahora que tanto necesita de esa eminente cualidad? ¿Quién puede creer que en donde hay tanto valor y sabiduría no se halle también el socorro de la viuda y el huérfano? El imperio mexicano ha llegado sin duda á la cima de la autoridad, pues es tanta la que os ha comunicado el Criador del cielo que inspira respeto á cuantos os miran. Regocijate pues venturosa nacion, por haberte tocado en suerte un príncipe que será tu apoyo, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes en efecto un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse á la mollicie y estarse en el lecho abandonado á los pasatiempos y á los deleites, sino que antes bien en medio de su reposo le inquietará el corazón y le despertará el cuidado que tendrá de tí, y que ni hallará sabor en el manjar mas delicado por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo y confiad en que el Criador del cielo os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á la inminente dignidad á que os ha exaltado. Quien ha sido hasta ahora con vos tan liberal, no os negará sus preciosos dones, habiendos él mismo subido al trono en que os anuncio muchos y muy felices años.»

Moctehuzuma, oyendo á su aliado el emperador de Tezcoco, dió pruebas de enternecerse con este sentido discurso; estorvándole el llanto por tres veces, dar la contestacion que al fin manifestó brevemente en los siguientes términos. «Harto ciego estuviera yo, hermano mio, si no conociera que los elogios que me habeis tributado han sido mas bien efecto de vuestro favor, que dignos de mi merecimiento, pues habiendo tantos nobles capaces de corresponder al alto honor que me han hecho elevándome á esta dignidad, echaron mano del menos á propósito. Ciertamente me hallo con tanta insuficiencia para manejar los árdulos negocios del Estado, que solo

podré llevar tan grande carga con el auxilio del Señor de todo lo criado, á quien para que me favorezca pido á todos le dirijan sus humildes ruegos.» Dió las gracias á los reyes aliados, al senado y á todo el pueblo, trasladándose despues al templo, para continuar el ayuno y demas penitencias con que era costumbre prepararse para subir las resbaladizas gradas del trono.

Pasadas aquellas ceremonias, señaló el valle de Atlixco para que le proporcionara víctimas que inmolar en su coronacion, saliendo luego con su ejército para emprender aquella guerra. Hacia poco que los atlixqueses se habian revelado contra la corona y resueltos á librarse de la opresora ejecucion de los mexicanos, hicieron una heroica resistencia al ejército azteca; pero al fin, aunque con grandes pérdidas de la nobleza y de lo mas florido del ejército de Tenoxtitlan, el pesado yugo volvió á oprimir á las poblaciones de Atlixcoy y Moctehuzuma regresó á su corte con el número de prisioneros que habian de dar lustre á la fiesta de la coronacion, derramando su sangre, para embriagar el bárbaro placer de un pueblo antropófago y cruel. Como la eleccion habia sido con aplauso de todo el pueblo, hubo grandísimo entusiasmo para preparar las fiestas de la coronacion con iluminaciones, representaciones teatrales, bailes, danzas, juegos y todas las diversiones que pudo inventar un pueblo en el apogeo de su engrandecimiento y en el exeso de su alegría; y como todas estas fiestas se habian preparado con anticipacion, su fama se hizo llegar á los pueblos mas distantes; y aun los enemigos de los mexicanos, como los tlaxcaltecas y michoacaneses, concurrieron disfrazados á disfrutar del regocijo de los aztecas. El rey supo que aquellos enemigos se hallaban confundidos con su pueblo, y para darles una prueba de la generosidad de su espíritu y la liberalidad tan propia de los monarcas de Tenoxtitlan, les mandó preparar tabladros, donde con como-

didad asistieran á las funciones, ordenando tambien se les dieran habitaciones y que se les sirviera como correspondia á la magnificencia de su corte.

A su solemne coronacion, siguió inmediatamente la cesion del estado de Tlachauco, á un capitán llamado Tlilxochitl, en remuneracion de los grandes servicios que habia prestado á la corona en diferentes campañas; pero á este acto de justicia, conforme con la conducta anterior del soberano cuando aun no empuñaba el cetro, se siguió otro que empañaba el brillo de sus acciones anteriores y cubria con su asqueroso velo, la moderacion que hasta allí habia aparentado. Derogó las leyes y costumbres de sus mayores, concediendo empleos en la corte sin distincion de nobles y plebellos, y alejando de estos á los últimos, no admitió en los puestos de honor sino á la nobleza.

Se constituyó en un verdadero monarca oriental, y los ardores de su intrépido y valeroso espíritu se apagaron entre el lujo de sus opulentos palacios y los placeres de una vida entregada á la sensualidad con centenares de concubinas. ¡Triste destino de la humanidad extraviada! El constante testimonio de su conciencia, fortalecida con el ejemplo de todas las generaciones, le prueba demasiado, cuanto veneno encierran los incostantes placeres de la vida; y sin embargo, con extraordinaria avidez se entrega á ellos, hasta que viene á despertarla de su sueño fatal, la fria y descarnada mano de la muerte. Moctehzuma dió á su reinado un esplendor que superó al de sus abuelos: y á esta grandeza, unió la triste celebridad de acabar de preparar los elementos, que conjurados sobre su cabeza, vinieron á destrozár la corona, cuyo lustre se habia opacado con los torrentes de sangre de millares de víctimas sacrificadas en las aras de un culto bárbaro, y cuyo enorme peso aumentado con los

tributos de pueblos injustamente sojuzgados, no podia soportarlo la débil cabeza de un monarca gentil.

Luego que este soberano empuñó las riendas de su gobierno y cerró al pueblo las puertas de los principales empleos, se entregó al gobierno del interior de su palacio, no quedándose atrás del despotismo desplegado por los mas grandes tiranos del viejo continente.

«Toda la servidumbre de su palacio se componia de personas principales. Ademas de las que lo habitaban, que eran muchas, cada mañana entraban en él seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Estos pasaban todo el día en las antecámaras, donde no podian entrar los de la servidumbre, hablando bajo, y aguardando las órdenes del rey. Los criados que acompañaban á estos personajes eran tantos, que llenaban los tres patios de palacio, y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de las mugeres que habia en la casa real, entre señoras, criadas y esclavas. Toda esta muchedumbre vivia encerrada en una especie de serrallo, bajo la custodia de algunas nobles matronas, que velaban sobre su conducta: pues aquellos reyes eran muy celosos, y cualquier exeso que notaban en palacio, lo castigaban con el mayor rigor, por pequeño que fuese. De estas mugeres tomaba el rey para sí las que mas le agradaban, y con las otras recompensaba los servicios de sus súbditos. * Todos los feudatarios de la corona debian residir algunos meses del año en la corte, y al volver á sus estados dejaban allí á sus hijos ó hermanos, como rehenes exigidos por el rey, para asegurarse de su fidelidad, por lo que les era preciso tener casa en México.»

* Algunos historiadores dicen que Moctehzuma tuvo al mismo tiempo ciento y cincuenta mugeres embarazadas: mas esto parece increíble.

«Otro rasgo del despotismo de Moctehuzuma fué el ceremonial que introdujo en la corte. Nadie podia entrar en palacio para servir al rey, ó para tratar con él de algun asunto, sin descalzarse antes á la puerta. A nadie era lícito parecer en su presencia con traje de lucimiento; porque se creia que esto era falta de respeto á su dignidad: así que, los magnates mas distinguidos, excepto los parientes del monarca, se despojaban de sus galas, ó á lo menos las cubrian con un ropaje ordinario, en señal de humildad. Todos al entrar en la sala de audiencia, y antes de hablar al rey, hacian tres inclinaciones, diciendo en la primera *señor*, en la segunda, *señor mio*, en la tercera, *gran señor* †. Hablaban en voz baja, y con la cabeza inclinada; recibian la respuesta del rey por medio de un secretario, con tanta humillacion y respeto, como si fuera la de un oráculo. Al despedirse, no podian volver la espalda al trono.»

«Comia Moctehuzuma en la misma sala en que daba audiencia. Servíale de mesa un gran almohadon, y de silla un banco bajo. La vagilla era del barro fino de Cholollan. La mantelería era de algodón, pero muy fina, blanca y limpísima. Ninguno de los utensilios de que usaba para comer le servia mas de una vez: pues los daba inmediatamente á alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate, y las otras bebidas hechas con cacao, eran de oro, ó de conchas hermosas del mar, ó ciertos vasos naturales, curiosamente barnizados, de que despues hablaremos. Tenia tambien platos de oro: pero solo los usaba en el templo, y en ciertas solemnidades. Los manjares eran tantos y tan variados, que los españoles que los vieron quedaron admirados. Cortés dice que llenaban el pavimento de una gran

† Las palabras mexicanas son *Platoani*, *Nottlatocajin*, y *Hucitlatoani*.

sala, y que se presentaban á Moctehuzuma fuentes de toda especie de volateria, peces, frutas y legumbres. Llevaban la comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles, en bien ordenadas filas. Ponian los platos en la mesa antes que el rey se sentase, é inmediatamente se retiraban: y á fin de que no se enfriase la comida, cada plato tenia un brazerillo debajo. El rey señalaba, con una vara que tenia en la mano los platos de que queria comer, y lo demas se distribuia entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes de sentarse, le presentaban agua para lavarse las manos, cuatro de sus mugeres, las mas hermosas del serrallo, las cuales permanecian en pié todo el tiempo de la comida, juntamente con los principales ministros, y el mayordomo.»

«Inmediatamente que el rey se ponía á la mesa, cerraba el mayordomo la puerta de la sala, á fin de que ninguno de los otros nobles lo viese comer. Los ministros se mantenian á cierta distancia, y sin hablar, excepto cuando respondian á lo que el rey les preguntaba. El mayordomo y las cuatro mugeres le servian los platos, y otras dos el pan de maiz, amasado con huevos. Muchas veces se tocaban instrumentos durante la comida: otras se divertia el rey con los dichos burlescos de ciertos hombres deformes que mantenía por ostentacion. Tenia gran placer en oirles, y decia que entre las burlas solian darle avisos importantes. Despues de la comida, fumaba tabaco mezclado con ambar, en una pipa ó caña preciosamente barnizada, y con el humo conciliaba el sueño.»

«Despues de haber dormido un poco, daba audiencia á sus súbditos, oyendo atentamente cuanto le decian, animando á los que no se atrevian á hablar, y respondiendo por medio de sus ministros ó secretarios. A la audiencia seguia un rato de música, pues una de las cosas que lo deleitaban era oir cantar las acciones ilustres de sus

antepasados. Otras veces se divertía en ver ciertos juegos, de que hablaremos despues. Cuando salia de casa, lo llevaban en hombros los nobles, en una litera abierta, y bajo un espléndido docel. Acompañábalo un séquito numeroso de cortesanos, y por donde pasaban, todos se detenian, y cerraban los ojos, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la magestad. Cuando bajaba de la litera para andar, se estendian alfombras á fin de que sus piés no tocasen la tierra.»

«Magnificencia de los palacios y casas reales.»

«Correspondian á todo este pomposo aparato la grandeza y magnificencia de las casas reales, de las quintas, bosques y jardines. El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas que daban á la plaza y á las calles, tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente, muchas salas y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenian los muros cubiertos de mármol, ó de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de ciprés, ó de otra exelente madera, bien trabajada y adornada. Entre las salas habia una tan grande, que segun un testigo de vista, cabian en ella tres mil hombres.* Además de aquel palacio, tenia otros dentro y fuera de la ciudad. En México, además del serrallo para sus mugeres, tenia habitaciones para sus consejeros y ministros, y para todos los empleados de su servidumbre y de su corte, y aun para alojar á los extranjeros ilustres, y especialmente á los dos reyes aliados.»

«Tenia dos casas en México para animales: una para

* El conquistador anónimo en su apreciable relacion; y añade que habiendo estado cuatro veces en el palacio y andando por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.

las aves que no eran de rapia: otra para estas, y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera habia muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban á un jardín, donde, entre la frondosidad de los árboles, se veian diez estanques, los unos de agua dulce para las aves acáticas de río, y los otros de agua salada para las de mar. En lo demas de la casa habia tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron, quedaron maravillados, y no creian que faltaba ninguno de las especies que hay en tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad; ora de granos, de frutos, de insectos. Solo para los pájaros que vivian de peces, se consumian diez canastas de estos diarias, como dice Cortés en sus cartas á Carlos V. Trescientos hombres, segun dice él mismo, se empleaban de cuidar de aquellas aves, además de los médicos que observaban sus enfermedades y aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos empleados, unos buscaban lo que debia servir de alimento á las aves, otros lo distribuian, otros cuidaban de los huevos, y otros las desplumaban en la estacion oportuna, pues además del placer que el rey tenia en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que despues hablaremos, y en otros trabajos y adornos. Las salas y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que, como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse en ella dos príncipes con sus comitivas. Una de ellas estaba situada en el lugar que hoy ocupa el convento de San Francisco.

«La otra casa destinada para las fieras tenia un grande y hermoso patio, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde el águila real hasta el cernicalo, y de cada especie habia muchos individuos. Estos estaban

distribuidos, segun sus especies, en estancias subterráneas de mas de siete piés de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta de esteras, y ademas tenian estacas fijas en la pared, para que pudieran dormir, y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba cubierta de una celosia con otras estacas, para que pudieran gozar del sol. Para mantener á estas aves se mataban cada dia quinientos pavos. En el mismo edificio habia muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses, y todas las otras fieras, á las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, techiches y los intestinos de los hombres sacrificados.»

«No solamente mantenía el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantienen por ostentacion, sino tambien los que por su naturaleza parecen escentos de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Estas, que eran de muchas especies estaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Habia tambien otros muchos estanques para peces, de los cuales se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapoltepec, á dos millas de México.»

«No contento Mocteuhezuma con tener en su palacio toda clase de animales, habia reunido tambien todos los hombres, que ó por el color del cabello ó por el del pellejo, ó por alguna otra deformidad, podian mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia á tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.»

«En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, donde crecian las flores mas preciosas, las yerbas mas fragantes, y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenia bosques, rodeados de tapias y lle-

nos de animales, en cuya caza se solia divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocido actualmente por los españoles con el nombre del *peñon*.»

«De todas estas preciosidades no queda mas que el bosque de Chapoltepec, que los virreyes españoles han conservado para su recreo. Todo lo demas fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya en fin para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel país, que hoy no se podria creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.»

«Tanto los palacios, como los otros sitios de recreo, se tenian siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Mocteuhezuma, pues no habia cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona, y de todo lo que le pertenecia. Bañábase cada dia, y para esto tenia baños en todos sus palacios. Cada dia se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servia no volvia á servirle mas, sino que la regalaba á los nobles, y á los soldados que se distinguian en la guerra. Empleaban diariamente, segun dicen los historiadores, mas de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales habia una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas ofensivas, y defensivas, y las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construccion de estos objetos empleaban un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenia plateros, artífices de mosaico, escultores, pintores y otros. Habia un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion.»

«Lo bueno y lo malo de Mocteuhezuma.»

«Su celo por la religion no era inferior á su lujo y

magnificencia. Edificó muchos templos á sus dioses, y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos, y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de que los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos, y sumamente aseados: pero envanecía su ánimo el vano temor de los agüeros y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos, y la ejecución de las leyes del reino, y era inexorable en el castigo de los transgresores. Tentaba á veces por medio de otra persona, y con regalos, la codicia de los jueces, y si hallaba á alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente, aunque fuese de la mas alta nobleza.

«Era implacable enemigo del ocio, y para estirparlo, en cuanto fuese posible en sus estados, procuraba tener siempre ocupados á sus súbditos: á los militares, en continuos ejercicios de guerra, y á los otros en el cultivo de los campos, y en la construcción de nuevos edificios, y de otras obras públicas, y aun á los mendigos, á fin de darles ocupación, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos, que son los productos del desaseo y los compañeros de la miseria. Esta opresión en que tenia á los pueblos, los inmensos tributos que les habia impuesto, su altanería, su orgullo, y su extraordinaria severidad en castigar las mas pequeñas faltas, producian general descontento en toda clase de habitantes: mas por otro lado sabia atraerse su afecto, supliendo generosamente sus necesidades, y recompensando con profusión á los que lo servian. Un rasgo que merece los mayores elogios, y que debería ser imitado por todos los príncipes, fué el destino que dió á la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que despues de haber servido fielmente á la corona en los empleos militares y po-

líticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí á espensas del erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Mocteuhezuma, y en ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, antes de presentarle la série de sus sucesos.»

CAPITULO XXXVIII:

Guerra contra la república de Tlaxcala y otras provincias.

La república de Tlaxcala, una de las naciones mas poderosas que los españoles hallaron á su venida al nuevo continente, habia ido prosperando de un modo extraordinario, porque á la fertilidad de la tierra de donde le vino el nombre de Tlaxcallan, que como ya hemos dicho, significa *la tierra del pan*, se unia la actividad que sus habitantes tenian en el comercio con los otros pueblos, de donde se proveian de oro y plata, telas, hermosas plumas y cuantos mas objetos podian necesitar para su comodidad y recreo, particularmente los que se conseguian en sus provincias marítimas, cuyos habitantes por razon de su origen, mas fácilmente entraban en relaciones con los tlaxcaltecas, que con los demas pueblos: y como siempre la felicidad de uno, engendra la envidia de otros, los pueblos vecinos, celosos del engrandecimiento del tlaxcalteca, los comenzaron á ver con disgusto; pero no hallaron medio de satisfacer sus miras de avasallarlos, sino hasta que el pueblo mexicano se hizo el mas poderoso imperio de Anahuac.

Desde el reinado de Mocteuhezuma Ilhuicamina, los huexotzinqués y pueblos inmediatos á la República, to-